



Salmon, Christian. *La ceremonia caníbal. Sobre la performance política*. Barcelona: Península, 2013, 142 pp.

El panorama es inquietante. Vivimos en una democracia “que ha sustituido la acción por el relato, la deliberación por la distracción, el arte de gobernar por el de la puesta en escena” (p.15). Y el texto que se presenta, una deliciosa y constante provocación a la reflexión desde el mismo preámbulo: ácida, incisiva y preocupante. El escritor, columnista de *Le Monde* y miembro del Centro de Investigaciones sobre las Artes y el Lenguaje, Christian Salmon, irrumpió en el ámbito de la comunicación política en el año 2008 con la publicación de ‘Storytelling: La máquina de contar historias y formatear las mentes’ (Barcelona, Península). Lo hizo para cuestionar la entonces incipiente técnica utilizada por los políticos (principalmente Barack Obama, aunque generalizada con posterioridad) consistente en captar a la audiencia/votantes mediante un relato en el que la intriga y la tensión (más propias de un tipo de discurso distinto al político) permite “guiar y retener las atenciones gracias a auténticos engranajes narrativos”. Lo que se había evidenciado como una técnica que, bien utilizada, resulta muy eficaz desde la perspectiva del marketing político era, al mismo tiempo, la demostración de un cambio sustancial en la forma de entender la política y en el papel que deben desempeñar los gobernantes: “Hay que conectarse con la audiencia, que es la forma espectral del pueblo ausente” (p. 104).

Aquella crítica se sustentaba fundamentalmente en la manera de trasladar el discurso, aunque se explicaba por la renuncia a lo sustancial de la política para privilegiar otras consideraciones más frívolas. Una “ficción compartida”, que es en lo que se había convertido el contar historias. La performance narrativa supone el uso de ese relato político (inventio), debidamente cuidado con un sistema calculado de metáforas e imágenes (dispositio o, en su versión más moderna, ‘framing’); la gestión “estratégica de la agenda mediática, que debe obedecer a las leyes de la tensión narrativa”; y el contagio mediante las redes sociales.

Los dos primeros aspectos no son muy distintos a los que definen las parábolas, utilizadas por la Iglesia desde hace más de dos mil años. A ellos dedica Salmon una buena parte del texto con una amplia descripción de la convención demócrata en Denver para la elección de Obama (capítulo primero) y con un análisis de los gobiernos de Sarkozy y de Hollande (capítulo segundo). Se echa en falta una explicación sobre de qué manera los políticos y los partidos pueden gestionar la agenda mediática, toda vez que las decisiones respecto a lo que es o no noticia dependen, en última instancia, de los propios medios. Presumir, quizá, que sería

posible con un buen relato implicaría asumir, de algún modo, la dejación de la función vigilante que se supone a los medios de comunicación, extremo que late en todo el texto pero no se asevera de forma explícita.

El autor responsabiliza al neoliberalismo (cuya crítica feroz es permanente en todo el texto) de la “desprogramación” del Estado y de la desregulación de las finanzas. Al político sólo le queda simular serlo renunciando a su figura de autoridad para dar paso a otra de consumo. Como consecuencia, “las artes antiguas del relato y las leyes de la retórica se combinan con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, así como con las posibilidades de acción directa sobre los cerebros que ofrecen las neurociencias” (pp. 121-2). Y el escenario político donde se deliberaba cede ante los “nuevos espacios de legitimación”. Es decir, los medios de comunicación e Internet. La agenda mediática se impone a la política. “Es la condición política cuando la política está despoblada” (p. 103). Los políticos devorados por sí mismos.

Julio César Herrero  
jc.herrero@uah.es  
Universidad de Alcalá